

guero, encendió otro, y comenzó la ansiada historia.

—Hace veintitantos años que en un pueblo de la ribera del Tajo, vivía una pobre viuda con dos hijos: Juan y Diego.

Juan era el mayor de los dos, y apenas contaba ocho años. Diego no llegaba á siete.

El corazón de Juan era de una sensibilidad extremada. Los gorjeos de las aves, las súplicas de los mendigos que llamaban á sus puertas, el llanto de un niño, le hacían tal impresión, que en seguida se llenaban de lágrimas sus ojos.

Diego era el reverso de la medalla.

Tenia el alma más dura que la roca, no habiendo nadie en el pueblo que pudiera alabarse de haberlo visto llorar, aunque fué muchas veces castigado por su padre y por su maestro, á causa de sus infinitas travесuras.

Hay que desconfiar de los niños, cuyos ojos permanecen siempre juntos. Las lágrimas en los pequeños son un suave rocío que refresca el alma, una prueba cierta de sensibilidad.

La madre de ambos niños, la pobre Teresa, trabajaba sin descanso para mantenerlos y darles educación. Viuda en lo mejor de su edad, se había consagrado por completo á sus hijos.

Juan comprendía todos los sacrificios de que le era dador á la que le dió el sér, y se los pagaba de la manera que era dado poder pagarlos á su edad: con un cariño infinito.

No así Diego, que no tenía para su madre ni una palabra afectuosa, ni una tierna caricia. Siempre adusto, siempre descontentadizo, parecía vivir en guerra abierta, no tan so o con la infeliz Teresa que le había llevado en sus entrañas, sino también con su hermano que le quería en extremo.

—¡Diego! ¡Hijo mío!—soía exclamar á veces la pobre madre.—¡Si no procuras enmendarte, Dios te castigará más tarde ó más temprano, porque Dios no puede ser misericordioso con los malos hijos!...

Pero Diego maldecido el caso que hacía de los consejos de su madre, y cada vez más adusto y malo, era una verdadera calamidad para todos los que estaban al lado suyo.

La viuda conservaba y cuidaba con esmero á Morito, perro fiel y humilde, que había pertenecido á su esposo, circunstancia más que sobrada para que Teresa le profesase gran cariño.

El perro, por otra parte, se lo merecía, pues era una verdadera ahijado.

Juan era el inseparable de Morito; no cesaba de acariciarle, era su amigo, su protector, digámoslo así; en tanto que Diego, dejándose llevar de sus malos instintos, siempre que podía lo maltrataba. Como era natural que sucediese, Morito huía de aquel enemigo que no desperdiciaba ocasión de pisarle la cola cuando más despreciado estaba, de pincharle el lomo con alfileres, ó de apedrearle con un tino diabólico. Apenas veía Morito á su pequeño verdugo, lejos de volverse contra él, como hubiera sido lógico, y estando como estaba de su parte la razón y la fuerza, corría con el rabo entre las piernas á ampararse de su buen amigo Juan, el que reprendía dulcemente á su hermano, procurando hacerle comprender que el perro es el animal más noble de la creación, que ellos no debían olvidar que Morito había pertenecido al que les dió el sér, y que lejos de martirizarle, debía tratarle con cariño.

Pero á Diego todos estos consejos le entran por un oído y le salen por el otro.

Se hacía necesario que la Providencia tomase cartas en el asunto, para darle una terrible y severa lección al desnaturalizado niño, y al fin y al cabo la tomó.

La vivienda de la viuda estaba situada casi á orillas del Tajo, en una parte en que la corriente era muy impetuosa.

Una mañana, Diego, que había concebido hacía Morito un odio tan cruel é implacable, como inproprio del corazón de un chico, de terminó ahogarle atándole una piedra al cuello para precipitarlo al río. Aprovechando la ausencia de su madre y hermano, que habían ido al pueblo, puso su plan en ejecución echan-

do á Morito á la garganta un nudo corredizo y arrastrándolo luego hacia el río.

Morito aullaba de un modo lastimero, adivinando quizás lo que se proponía hacer su verdugo, pero sin lograr que el corazón de Diego se conmoviese.

Llegaron á la orilla del río.

Diego, despues de elegir el lugar donde la corriente le pareció más rápida, ató una gran piedra al extremo de la cuerda que oprimía el cuello del animal y lanzó á éste á las aguas.

En su rostro se retrataba un gozo satánico.

Por fortuna del desdichado Morito, la piedra no fué bien atada, y poco despues de sumergirse el animal hasta el fondo del río, se desprendió, y el perro logró salir á flor de agua, poniéndose á nadar entónces hacia la opuesta.

Diego, al observar esto, bramaba de coraje.

Con la dañada intencion de acertarle con alguna, empezó á tirarle las piedras más grandes que hallaba á mano.

—¡Si le diera en la cabeza!—murmuraba el bribonzuelo.—¡Qué alegría! ¡Verme libre de él!

Pero en lugar de esto sucedió que, ocupado en su odiosa tarea, se desconfió un tanto, no pudo conservar el equilibrio, y... ¡zas! se le escurrió un pié y cayó al río.

Sintió Morito el ruido que produjo el cuerpo al chocar con el agua, y volvió instintivamente la cabeza.

Al ver á Diego que desaparecía entre las aguas, aquel animalito, que tanto daño había recibido de su enemigo, empezó á nadar vigorosamente hacia donde flotaba el cuerpo de éste.

La corriente del río arrastraba á Diego, pero el valeroso Morito, luchando con la impetuosidad de las aguas, logró, sin embargo, llegar á donde estaba, y cogiendo con los dientes el chaqueton del muchacho que ya empezaba á ahogarse, á costa de increíbles esfuerzos pudo de nuevo ganar la orilla, dejando en ella sano y salvo á Diego, que había perdido el conocimiento. Despues se tendió á su lado y empezó á lamerle el rostro, como si con su lengua quisiera devolverle á la vida!

—¡Oh, sabia mano de la Providencia!

—Sin aquel noble animal, su cruel é incansable enemigo hubiera irremediablemente perecido. Morito, dando con esto una lección al niño, devolvía mal por bien.

Cuando Diego recobró el conocimiento y vió á su lado al perro, que le miraba con esa dulce é inteligente mirada, que es peculiar á los de su especie, sintió por la primera vez de su vida que el corazón le latía con precipitación, y que de su pecho empezaban á apoderarse ciertos sentimientos de ternura. Entónces dulces lágrimas, que á no dudarlo debían hacer sonreír de gozo á los ángeles, brotaron de sus ojos.

Morito ladraba alegremente y daba grandes saltos al rededor de Diego.

Este exclamó entónces:

—¡Ven acá, noble animal! Te debo la vida y te debo también este dulce sentimiento que ha brotado en mi corazón. Perdóname el mal que te he hecho y sé mi amigo.

Esto diciendo, abrazaba estrechamente al perro, que se dejaba acariciar, como si comprendiese lo que le decía el chico.

—Desde aquel día—me dijo Julio cambiando de tono—mi hermano Diego fué otro hombre; tanto, que hoy le tiene usted en Nueva York, rico y feliz, siendo apreciado de todos por la bondad de su corazón y sus generosos sentimientos. ¡Comprende usted ahora que sea yo tan aficionado á la raza canina, y sobre todo, que á la muerte de Morito le mandase diseñar para tenerle siempre presente?

Exceso decir á ustedes que mi respuesta fué afirmativa.

E. DE LUSTONÓ.

CORAZON DE HIELO.

HABIA en cierto reino una princesa tan bella, que según la opinion de todos, jamás habíase visto en la tierra nada más perfecto. Pero aquella belleza le era inútil, puesto que no quería amar á nadie. A pesar de los ruegos de sus padres, rechazaba con desprecio todos los partidos que le proponían; cuando sobrinos ó hijos de emperadores iban á la corte para pedir su mano, no se dignaba mirarlos siquiera, por más jóvenes y bellos que fuesen: apartaba la cabeza con aire de desprecio. —Francamente, no valía la pena de incomodarme por tan poca cosa! — Por fin, á causa de la frialdad que demostraba á cada paso, aquella princesa había merecido el sobrenombre de «la Bella de corazón de hielo.» En vano su nodriza, una vieja excelente, que tenía mucha experiencia, decíale con lágrimas en los ojos: «Mira lo que haces, hija mía! No es justo ni razonable contestar con malas palabras á las personas que nos quieren con todo su corazón. ¡Ómno! entre tantos jóvenes bellos y tan bien puestos, que arden en deseos de poseer tu mano, ¿no hay uno solo por el cual sientas algun afecto? Mira lo que haces, te digo; las buenas hadas, que te concedieron una incomparable belleza, se irritarán el día ménos pensado si sigues mostrándote avara de sus favores; lo que ellas te han dado quieren que tú lo des; cuanto más vales, más debes; hay que ajustar la limosna á la riqueza. ¡Qué será de tí, hija mía, si tus protectoras, encolerizadas por tu indiferencia, te abandonasen á la perversidad de ciertas hadas que se regocijan con el mal, y revolotean en torno de las jóvenes princesas, con malos pensamientos! Pero la Bella de corazón de hielo no hacía caso de aquellos buenos consejos, encogíase de hombros, mirábase en un espejo, y eso le bastaba. En cuanto al rey y la reina, mostrábase desolados más de lo que podría decirse, por la indiferencia en que se obstinaba su hija; dieron en pensar que un mal genio la había maldiciado, é hicieron proclamar por heraldos, en todos los países del mundo, que darían la princesa á aquel que la librase del sortilegio de que era víctima.

II

Por aquel mismo tiempo, en un gran bosque, había un leñador, de figura muy repelente, contrahecho y cojo á causa del peso de su joroba, que era el terror de toda la comarca, pues á menudo no se limitaba á cortar los árboles, sino que, emboscado en algun barranco, esperaba con el hacha levantada al viajero desprevenido, y cortábale el cuello, tan hábilmente como lo habría podido hacer el verdugo más experimentado. Hecha esa operación, registraba el cadáver, y con el dinero que encontraba en los bolsillos, compraba víveres y vino, con que se hartaba en su choza lanzando gritos de júbilo. De modo que aquel hombre perverso fué más feliz que muchas gentes honradas, en tanto que por su bosque atravesaron viajeros. Pero la selva tuvo luego tan mala fama, que hasta las gentes osadas daban grandes rodeos ántes que atravesarla; y el leñador tuvo que cruzarse de brazos. Durante algunos días vivió como pudo del resto de sus antiguas rapiñas, royendo los huesos, escurriendo en su vaso el fondo de las botellas mal vaciadas. Aquello era una comida de viernes para un gloton y un óbrio de su calaña. El rigor del invierno lo puso en el colmo de su infortunio. En su guarida, donde soplab el viento y caía la nieve á copos, se moría de frío á la vez que de hambre; en cuanto á pedir auxilio á los habitantes de la aldea cercana no se atrevía á pensarlo siquiera á causa del odio que se había acarreado. Preguntáreis: ¿por qué no hacía fuego con ramas y yerbas secas? ¡Por qué! Porque tanto la leña como las hojas estaban tan impregnadas de hielo, que no había medio de encenderlas. Puede saponerse también que á fin de castigar al malvado, una voluntad oculta impedía que el fuego ardiera. Sea lo que fuere, el leñador pasaba días y noches tristísimas,

cerca de su choza vacía, delante de su hogar ennegrecido; y, al verlo tiritando y flaco, no habría dejado de compadecerlo, si hubiérais ignorado hasta qué punto merecía su miseria por sus crímenes.

Sin embargo, álguien tuvo piedad de él. Fué una hada perversa, llamada Melandrina. Como se complacía en ver el mal, era natural que le gustasen los que lo hacían.

Una noche que sufría como nunca, dando diente con diente, los dedos inflamados, hubiese vendido su alma—que en verdad no valía gran cosa,—por una llama de sarmiento. Melandrina se le apareció saliendo debajo de la tierra; no era ni bella ni rubia, con guirnalda de flores en los cabellos, no llevaba una pollera de brocado, resplandeciente de pedrerías; sino fea, calva, jorobada también, harapienta como una mendiga, la hubiérais tomado por una pordiosera Vieja de los caminos; pues siendo mala no se puede ser bonita, aun cuando se trate de una hada.

—No te desesperes, pobre hombre, dijo; quiero acudir en tu ayuda. Sígueme.

Un tanto asombrado de aquella aparición, el leñador caminó detras de Melandrina hasta un claro en donde se veían montones de nieve.

—Ahora, enciende el fuego, repuso. —Pero cómo! señora, la nieve no enciende.

—Es en lo que te equivocas. Mira, toma esta varita de cerezo, que he traído para tí; bastará sólo que toques con ella uno de esos montones blancos, si deseas tener un fuego hermoso como no se ha visto jamás.

El leñador hizo lo que le había ordenado la hada, y lanzó un grito de admiración. Apenas se acercó la varita, la nieve se puso á arder, como si no hubiese sido nieve, sino algodon, y todo el claro del bosque se iluminó de llamas.

A partir de aquel momento, el leñador, aunque sin dejar de seguir teniendo hambre, no conoció ya el sufrimiento de tener frío; así que sentía el menor temblor, hacía un monton de nieve en su choza ó en el camino; luego lo tocaba con la varita que le había dejado Melandrina, y se calentaba delante de un buen fuego.

III

Algunos días despues de aquella aventura había gran agitación en la capital del reino; el leñador de palacio estaba llena de artesanos que hacían sonar sus alabardas sobre las baldosas.

Pero era, sobre todo, en la sala del trono donde la emoción era grande: los príncipes más poderosos de la tierra, como muchos otros jóvenes, habíanse dado cita para intentar conmovier al fin á la Bella de corazón de hielo en una lucha caballeresca.

El sobrino del emperador de Trebisonda dobló la rodilla.

—Mando más guerreres que hojas hay en todas las selvas, y en mis cofres tengo más perlas que estrellas del firmamento. ¿Queréis, princesa, reinar sobre mis pueblos y adornarlos con mis perlas?

—¡Qué es lo que ha dicho!—preguntó la princesa.

A su vez, el hijo del rey de Mataguín se arrodilló.

—Aunque joven aún, he vencido en los torneos á los más ilustres campeones, y de un solo sablazo he cortado las cien cabezas de una tarasca que devoraba á los recién nacidos y á todas las vírgenes de mi reino. Oh princesa! ¿quiereis compartir mi gloria, que creceá todavía?

—Ha hablado tan bajo, dijo la princesa, que no le oído.

Y otros príncipes, despues de los herederos de Trebisonda y de Mataguín, ponderaron su riqueza y su gloria; luego llegaron, inclinándose con tiernas palabras, poetas que tocaban la guitarra como un serafín el arpa, caballeros que habrían defendido el honor de las damas en los combates más peligrosos, pajeillos temblorosos, sonrojados por el pudor, cuyos labios se estremecían con la esperanza de un beso.

Pero la bella de corazón de nieve dijo: —¿Qué desea toda esa gente? Que se le ruegue que salga: no puedo tolerar más tiempo su charla, y me urge estar sola para mirarme en mi espejo.

—¡Ah! hija mía, hija mía, dijo la nodriza, teme irritar á las hadas!

Entónces se adelantó un rústico, de figura muy repelente, contrahecho, cojo á causa del peso de su joroba. Los cortesanos, que estaban al pié del trono, quisieron apartarlo, mofándose de ese aldeano que pretendía la mano de una princesa real. El, no obstante, continuó avanzando, y con una varita que llevaba en la mano, tocó el talle de la indiferente joven. «¡Ah! cuánto te amo!» exclamó la princesa, sintiendo que todo su sér se inflamaba y que una ternura infinita se apoderaba de su espíritu.

Pensáreis el asombro que aquellas palabras causaron.

Pero un rey no tiene más que una sola palabra; el padre de la princesa tuvo que dejarla ir con el malvado leñador hacia la selva de mala fama; allí vivió miserablemente en el cierzo, á menudo sin pan, allí donde soplab el viento y nevaba á copos; y ese fué el castigo de la Bella de corazón de hielo.

C. MENDÉS.

(—o—)

A UNOS DESPOSADOS.

(EXHORTACION PRONUNCIADA POR EL SR. PERO. D. AGUSTIN VILCHES, EN LOS MOMENTOS DE DAR LA BENDICION NUPCIAL AL SR. D. DIONISIO GONZALEZ Y A LA SITA SITA DALUPE PULIDO, EN LA CAPILLA DE LA SOLEDAD DEL SAGRARIO METROPOLITANO DE MEXICO, EL MIÉRCOLES 13 DE OCTUBRE DE 1899.)

Hoy como ex osibus meis et caro de carne mea. He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Gen. II, v. 23.

DESPUES de haber escuchado la sólida doctrina y las elocuentes frases del Apóstol, nada quedara por decir si no vinieran á mi mente las tiernas palabras del primer feliz esposo.

Habia creado Dios el primer hombre, y al verlo en tanta soledad, lleno de amor, y deseando completar su felicidad, resuelve darle una compañera semejante á él. «Duerme, hijo mío,» le dice; y Adán recostado sobre la verde alfombra y matizadas flores del Eden, sueña feliz en la compañía que el Señor le ha prometido. Forma el Señor, durante aquel sueño, de una de las costillas de Adán, un cuerpo humano, le infunde una alma racional, y cuando Adán despierta, contempla extático y mudo de asombro á la mujer, á la virgen pura y candorosa, á la dulce compañera de su vida. «Por ella, exclama entónces en medio de su entusiasmo, abandonará el hijo á sus padres y se unirá á su mujer y serán dos en una sola carne.» (1) El Sér Supremo bendice esta primera union. Dios autoriza este primer matrimonio.

Más tarde, el Salvador del mundo eleva á la alta dignidad de sacramento el matrimonio, á este contrato, único en su género, por el que el hombre satisface el innato deseo de dominar; ya no se trata de cambiar los bienes y propiedades, sino los propios cuerpos: ya por este sacramento de la nueva ley, el marido dice á su esposa con toda verdad: «eres mía,» y la esposa al marido, que es suyo. Un vínculo indisoluble os liga. Hace muy pocos momentos una dorada cadena os unía, recordáris su significado... Los eslabones de esta cadena misteriosa jamás podrán romperse mientras dure vuestra vida; los lazos que os unen no son los lazos de la amistad, no los de la dulce fraternidad, lazos que si es verdad que son indisolubles, se extienden mucho y obligan ménos. Estos vínculos son las misteriosas cuerdas que sujetan y oprimen dos corazones hasta fundirlos en uno, las aspiraciones de dos almas que se reducen á una; son la compensación de dos vidas; es el auxilio de dos caracteres que se ayudan y suplen; son las virtudes que se comunican sus

(1) Gen. II, 24.

colores más hermosos y sus más embriagadores aromas.

Hoy empieza para vosotros la vida del matrimonio: apenas os van á alumbrar los primeros destellos del sol de la felicidad; mil ilusiones risueñas, encantadoras bullen en vuestros cerebros, mil pensamientos de dicha os recrean, mil ensueños de felicidad os halagan... pero como con miedo de nublar el cielo azul de vuestra dicha, se presenta un pensamiento traidor, la idea de una ligera nube que ofusque la hermosa claridad de vuestra dicha; mas entónces viene la imaginación y le reprende, le aparta, y os presenta nuevos cuadros de ventura, nuevos poemas de amor encantadores. Dos tórtolas que se arrullan, dos pajarillos que juegan, dos blancos lirios que sus corolas besan, dos nardos que confunden sus aromas, apenas podrán llenar los poéticos deseos de vuestros corazones.

Mas nó, que presto despertaréis de sueño tan fascinador; el amor cristiano, santificado por la gracia del Señor, no os engaña con una felicidad sin límites, que si os da el afán de hacer os felices, también os da lo necesario para hacerlos sufrir. Y esas flores, y esos azahares, símbolo de la pureza, que os adornan y os perfuman, llevan ocultos espinas que punzarán vuestros pechos y os harán merecer una corona que no se marchita, y os darán el perfume de la santidad, cuyo buen olor no se va en las alas de los vientos. Y esas galas con que os presentáis ante el ara del altar para recibir las bendiciones del Altísimo, sólo representan el traje de boda con que os presentáreis, juntos como ahora, ante el trono del Señor, adornados con la resignación, la dulzura, la prudencia y discreción.

El amor cristiano, despues de haber gozado de sus primeras efusiones, espera que despierten los defectos sólo adormecidos al impulso de la pasión, y no se amedrenta ni vacila á la vista de una naturaleza defectuosa y viciada por el pecado; descubre los defectos de su amante y, lleno de fé y de confianza en el Señor, se promete con su ayuda surcar tranquilo el proceloso mar de esta vida y librarse del naufragio cuando rage terrible la tempestad en su hogar. Ve las molestias del genio y pide la paciencia; ve las exigencias y se arma de mansedumbre; ve los peligros de ofender á Dios y busca en el Corazón de Jesus un refugio, un escondite para librar se de tan grande mal.

La paz es la felicidad del hogar; si sabéis conservarla, sabréis prolongar por tiempo indefinido vuestras esperanzas risueñas, vuestra dicha imaginada.

El amor puro conserva el respeto á la dignidad, desbarata las asechanzas del demonio, destierra los celos crueles é infundados, más se fija en las bellezas impercederas que en las mentidas perfecciones que acaba con la vida; mas ama las perfecciones del alma que trasponen los umbrales del mundo y que duran ante Dios y no las gracias fugitivas que sólo os acompañan al borde del sepulcro.

Guardaos fidelidad. Hasta ahora os pertenecéis respectivamente: desde este momento libre y voluntariamente renunciásteis ese derecho en la presencia de Dios. Frequentad los sacramentos, que son los caudalosos rios de la divina gracia, con cuyo riego bienhechor adquiriréis la tranquilidad de conciencia, aliento del amor y fuente de felicidad.

Y si aún vuestros pechos guardan un destello de gratitud, de esa virtud de héroes y mártires, volved vuestros corazones al Señor, dadle gracias sin límites, que os ha hecho probar el dulce néctar de la felicidad, y aquí, ante los testigos de vuestra indisoluble union prometad al amante Corazón de Jesus eterno amor y eterna gratitud. Dadle lo único que os pide: vuestro amor, hijos míos; dadme vuestro corazón, dice el Dios enamorado; no lo rehuséis; os brinda con la felicidad, no la despreciéis; os quiere hacer dichoso, no volváis la espalda. Enseñad á vuestra descendencia el santo temor de Dios, dadle una cristiana educación y recibiréis por duplicado el galardón de vuestros trabajos.

No olvidéis, esposo, que á una esposa os